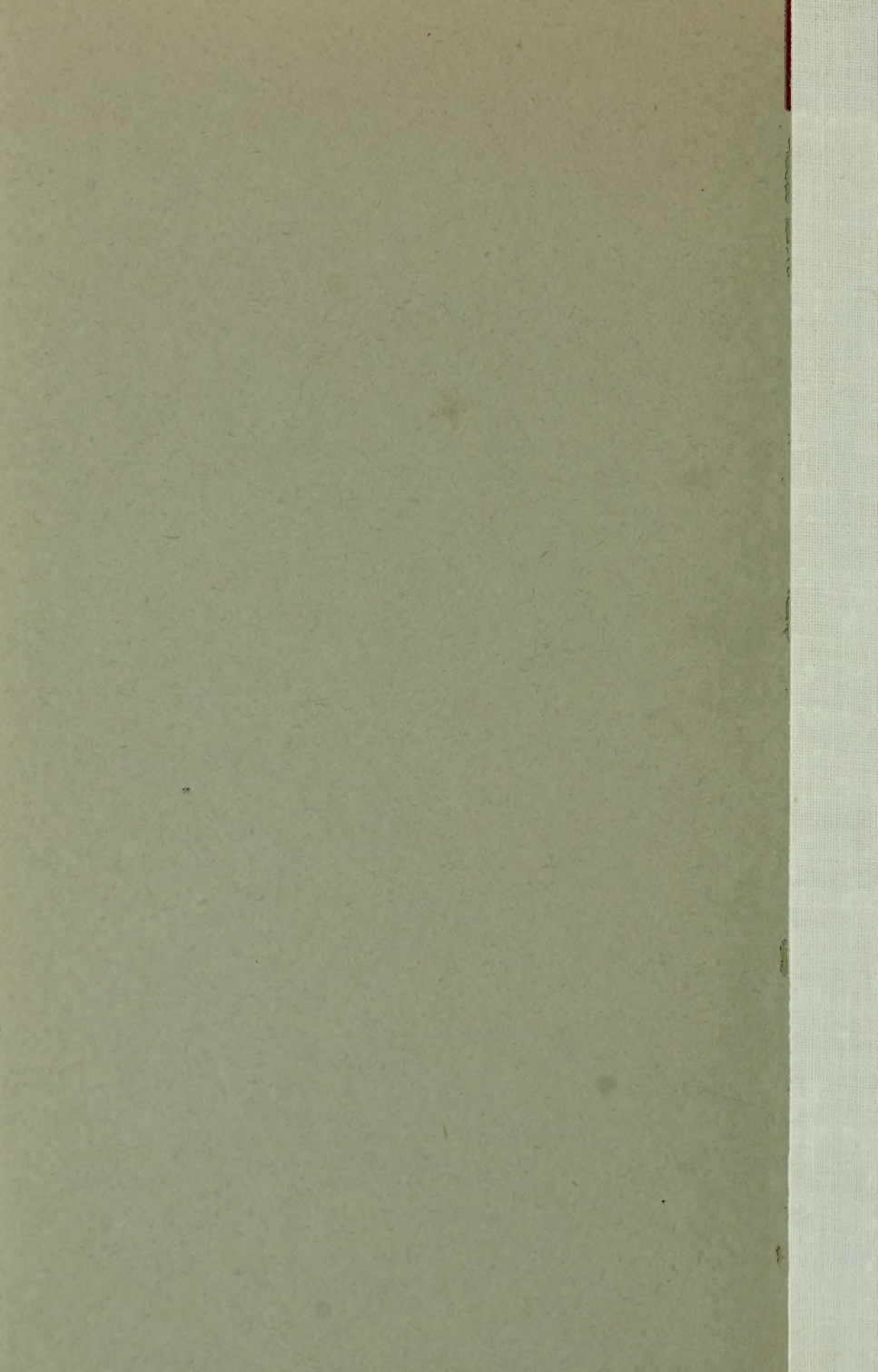


3 1761 06631857 7

BRIEF

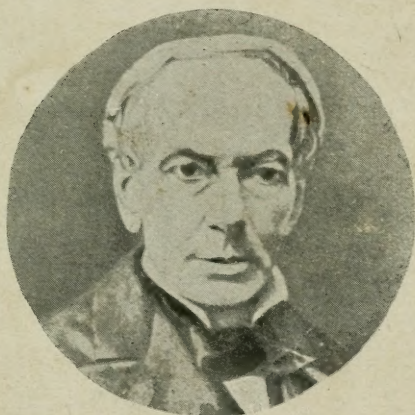
PN

0010299




VICENTE P. CACURI


Alberdi



PROLOGO DE ANGELICA FARFALLA, OPI-
NIONES DE LOS DOCTORES DAVID PEÑA,
ALFREDO L. PALACIOS Y SEÑORES NICOLAS
AUGUSTO GONZÁLEZ Y ALEJANDRO M.
GIMENEZ



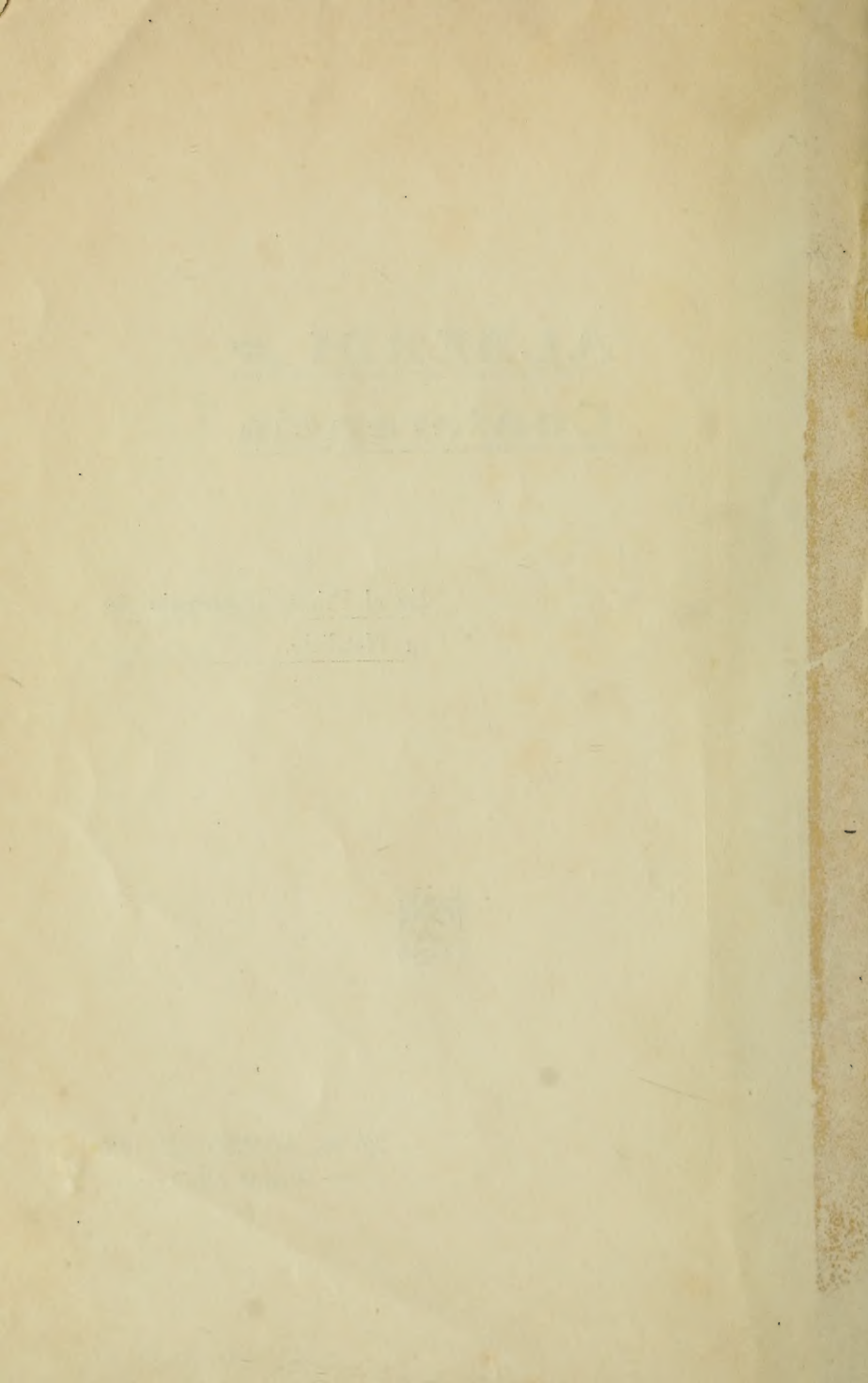
Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

ALBERDI 
Conferencia

En el Primer Centenario de
su Natalicio. - - - - -

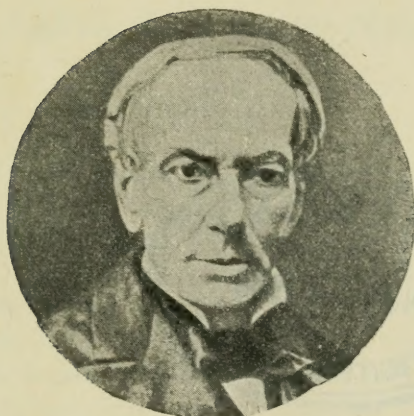


29 DE AGOSTO DE 1910
— BUENOS AIRES —



VICENTE P. CACURI *

Alberdi



Prólogo de Angélica Farfalla, Opiniones de
los Doctores David Peña, Alfredo L. Pa-
lacios y señores Nicolás Augusto González
y Alejandro M. Giménez. - - - - -

[Buenos Aires : M. Rodríguez Giles, 1910]



Brief
PN

00102999

OPINIONES VERTIDAS :: :: ::

RESPECTO DE ESTE TRABAJO :

CARTA del Dr. DAVID PEÑA

Señor V. P. Cacuri.

Distinguido señor: Yo tuve la fortuna de alcanzar al Dr. Alerdi en sus postrimerías. Puedo dar fé, con íntima conciencia, de que destinaba su labor á las generaciones futuras, con la clara visión de que se le hará justicia. Usted es uno de esos elementos, nobles y convencidos, que se adelanta á realizar el ensueño del grande hombre, á título de representante de la verdad. Cumple Vd. con un doble deber de conciencia y de civismo, de honradez y de enseñanza moral, allegando su homenaje á la memoria del autor de las **Bases** con la fuerza de sus convicciones sinceras.

Lo felicita con el mayor entusiasmo su compatriota

DAVID PEÑA.

CARTA del Sr. NICOLAS AUGUSTO GONZALEZ

Sr. D. Vicente P. Cacuri.

Mi querido amigo:

El estudio de la personalidad de Alberdi por Vd., es algo que sale de lo vulgar y que revela al pensador y al filósofo, al patriota y al hombre honrado, que dice lo que siente, sin ulteriores miras. El estilo es claro, si bien en algunos párrafos se resiente del **cosmopolitismo**, hay que llamarlo así, que reina en la Argentina, en el lenguaje como en todo. Los escritores de este hermoso país rompen gentilmente las trabas, é inventan vocablos, y aún giros, que no existen en nuestro idioma. Me llevaría muy lejos hacer un estudio de las causas de esa anarquía, de que tienen en gran parte la culpa las escuelas modernas, que se disculpan, inocentemente, aduciendo el ejemplo de los autores de la época en que el castellano se hallaba en formación, y en que las reglas no habían refinado el gusto y marcado rumbos fijos al prosador y al poeta.

Pero, volviendo á la idea de su obra, que obra es y completa, la que Vd. llama modestamente **estudio**, respecto del gran Alberdi; permítame que le

felicite afectuosamente, calurosamente, como correccionario y como periodista. Vd. ha puesto de relieve esa gran figura, cuyos severos perfiles ha tallado la Historia con el buril que empleó Miguel Angel para asombrar al mundo con su Moisés.

Apóstol de la verdad y del libre pensamiento, Alberdi, no ha sido superado entre los pensadores del continente americano, y la Argentina debe vivir orgullosa de ese hijo preclaro, que le envidian, con razón, sus hermanas en democracia.

Le aplaudo sinceramente, y le estrecho la mano, repitiéndome su afectísimo amigo:

NICOLÁS AUGUSTO GONZÁLEZ.

Buenos Aires, 26 de Sep. de 1910.

CARTA del Sr. ALEJANDRO M. GIMENEZ

Distinguido amigo :

¿Qué puedo decirle de su conferencia? No poseo elementos de juicio para dárselo respecto de sus bondades. El corte académico en que ha sido moldeada la pone muy por encima de mis capacidades literarias para juzgarla.

Aunque por sus anteriores escritos que he tenido el gusto de leer en la Revista, ya conocía su fuerza intelectual de escritor fecundo, el estilo de su conferencia sobre Alberdi me convence de su habilidad literaria, que por sus ideas lo revelan un estudioso de criterio sensato y bien inspirado en los anhelos más puros de la justicia y de la libertad en todas sus fases.

Los dos últimos párrafos del fragmento publicado ,sobre todo el último, sintetiza el alto vuelo de sus concepciones, proclamando el poder de su estro serio y profundo, menos fantaseador que intenso en sus manifestaciones.

Le aseguro que he copiado esos párrafos, sin espíritu *branderista* naturalmente, sino porque me han gustado mucho.

Sin capacidad literaria, el análisis ideológico me evidencia su sinceridad hacia el extranjerismo como margen de nuestro progreso actual, aunque no libre todavía éste de los exotismos que mantienen indecisa nuestra fisonomía nacional.

ALEJANDRO M. GIMENEZ.

Santa Fé.

CARTA del Dr. ALFREDO L. PALACIOS

Señor Vicente P. Cacuri.

Distinguido señor :

En respuesta á su atenta de ayer, pidiéndome mi modesta opinión sobre su trabajo relativo á Alberdi, me complazco en expresarle que lo he leído con verdadero placer.

Soy un admirador de la obra fecunda de ese argentino ilustre cuyas ideas trató de difundir entre la juventud, para que se incorpore á la vida de acción y de progreso, y de ahí que mire con simpatía su actitud varonil reflejada en los hermosos fragmentos de su conferencia.

Al felicitarle calurosamente, le estrecha la mano con afecto

ALFREDO L. PALACIOS.

PROLOGO

En un rincón de provincia, arrancado pocos lustros há al feudo del salvaje, empezó el autor de esta obra á rendir culto á las letras, con los aleteos inciertos de una avecilla que pone en volar más voluntad que aptitudes.

Desde entonces, las alas aquellas han crecido en forma tal, que si no llevan su vuelo hasta el Sol, como el cóndor caudal de nuestras montañas, saben subir tan alto que sostienen á nuestro joven amigo en las azuladas esferas del país del Ensueño, frente á la Esfinge inconvivable de la Quimera.

Sin duda, por saberme testigo de sus esfuerzos primeros, de sus vacilaciones—á cada recio encontrón con la realidad—(él que vivía perpetuamente en un mundo especial de esperanzas, de ideales y de perfecciones; por habernos conocido en la misma brega, y por la comunión de pensamientos que nacen de una aspiración idéntica; por haber caminado juntos á través de esta empinada cuesta de las letras, tan cubierta de guijarros y tan sembrada de zarzas para los que no tenemos más guía que nuestro propio anhelo ni más apoyo que nuestro propio esfuerzo; sin duda, por todo esto, que forma para ciertas almas

algo como un vínculo de unión tan fuerte y tan duradero que más que amistad, es hermandad indisoluble y segura; por esto, pues, imagino que el autor de «**Alberdi**» ha puesto en mis manos su manuscrito para encomendarme el prólogo; á mí que en el mundo de la literatura patria, represento lo infinitesimal de un átomo. Y en homenaje á ese sentimiento de confraternidad espiritual, y á esas circunstancias de viejo compañerismo y de ideales comunes, hemos de depouer nuestra habitual displicencia para dejar escrito lo que debe ser — fuerza es llamarlo así — prólogo de esta obra.

Alguien ha dicho, que siendo nuestra vida nacional tan corta, los hombres fundadores de nuestra patria, ya en el orden emancipador, ya en el político y organizador, son casi contemporáneos nuestros. Los acontecimientos que vieron actuar como protagonistas á nuestros guerreros y á nuestros tribunos; á nuestros estadistas y á nuestros caudillos, — reverenciados todos ellos por la historia y por el homenaje del alma popular —, son de ayer, como quien dice, atendida la inmensa carrera de los siglos, y la infinita vida de los pueblos.

Las pasiones que desataron el torrente de energías de aquellos hombres, han debido tener, como todo sentimiento humano, sus puntos de mezquindad, sus vislumbres de personalismo y su sedimento de errores, voluntarios ó involuntarios. No podemos, por grande que sea nuestro fervor cívico, apartarnos de lo que es eminentemente lógico y, sobre todo, eminentemente humano. Que estos toques oscuros des-

áparezcan, esfumados por la grandiosidad del conjunto que surge de la acción patriótica de cada uno y de todos nuestros prohombres ilustres del pasado, por concedido se calla, pero, al trazarse la historia de cada cual, al hablar de sus hechos, al analizar sus acciones, en forma individual y biográfica, el historiador ha de desprenderse de las luminosidades de apoteosis, que rodean á su héroe, para someterlo á la fiscalización serena pero justa de su pluma imparcial.

En Rivadavia, Sarmiento, Alberdi, Urquiza y tantos otros se cumple esta ley fatal, la aureola con que el agradecimiento de la patria reconocida rodea la memoria de tan grandes hijos, se obscurece de vez en cuando con la apreciación serena de sus equivocaciones, de sus genialidades y de sus pasiones; la generación actual está demasiado cerca de la que dió á luz estas glorias, y el tiempo aún no ha depurado sus memorias de los defectos humanos.

Se explica así la controversia que se levanta tras cada página apologética que el agradecimiento ó la admiración traza para los elegidos de la gloria. Mas, como las opiniones, á cuyo choque la claridad brota más intensa y radiante, no han de bastar nunca para empequeñecer la obra de los que se asientan sobre el pedestal inmovible de la gratitud patricia, tendremos que, cuando menos, la historia de cada hombre de estos, aún con sus defectos y con sus errores, será capítulo interesante de una vida vivida intensamente, febrilmente y completamente, en el anhelo supremo de hacer patria grande y feliz.

El hervor de las luchas políticas engendró, en los cerebros luminosos de los hombres que asistían á nuestras primeras palpitaciones de país libre, ideas de revolución, teorías de gobiernos y fórmulas de organización, acaso divergentes entre sí, pero guiadas todas á un punto definitivo y concordante: el engrandecimiento, la paz y la estabilidad del país. El esfuerzo es siempre, y ante todo, merecedor de profundo respeto, y el esfuerzo que tiene como punto de mira un interés tan encomiable, un afán tan noble, ha de ser, lógicamente, más que respetado, bendecido y reverenciado.

Se tacha á Sarmiento que en su «Facundo» ape-lara al colorido exagerado del caudillismo y á la nota forzada de la barbarie, para combatir á Rosas y á su nefasta tiranía; se niega patriotismo á Rivadavia porque no tuvo fe en nuestra vida republicana, juzgando al país recién redimido del régimen monárquico, inepto para otra forma de gobierno; se dice que Alberdi no fué siempre recto y leal en su vida política; se critica á Urquiza su ilimitada ambición personal; y como estos hombres, perseguidos por la vida póstuma de sus errores ó de sus pasiones, tantos otros que aún no han alcanzado el estado de «mito» que la indulgencia de la posteridad necesita para encontrar en los héroes y en los próceres, tan sólo el bello gesto de abnegación y de grandeza que estereotipa en sus elegidos. Pero, ¿es posible dejar de reconocer á los nombrados y á los que caen en análogas discusiones la grandiosidad de su esfuerzo y la pureza de sus ideales? Si convenimos en que todo esfuerzo es respetable, y en que aquel que tenga como objetivo un tan alto y tan noble punto de mira

como es el amor á la patria, debe serlo aún más, fuerza es reconocer que cada uno de ellos se ha hecho acreedor al homenaje póstumo de esta misma patria, á cuya formación contribuyó en el desarrollo más o menos amplio, pero siempre bien inspirado de sus energías.

Y es obra que la juventud debe tomar á su cargo, ésta de encarnar en el alma del pueblo la memoria de nuestros grandes hombres, patentizando sus anhelos y relievando sobre el bloque no del todo pulido de nuestras tradiciones históricas, esas figuras venerables, algunas de las cuales han sido apartadas del bronce simbólico por el encarnizamiento innominado de las pasiones encontradas.

Sin duda, el autor de «Alberdi» ha coincidido con esta manera de pensar, y de nuevo nos hemos encontrado en el polvo de la misma jornada.

Todo cuanto contribuya al estudio de nuestra corta pero interesante historia; todo cuanto haga luz en sus páginas donde aún palpitan las fuerzas antagónicas pero propulsoras de su existencia, que bullían en los momentos álgidos de la lucha apasionada y audaz; todo cuanto vibre con sonoridades de himno en el concierto de una vida cívica, robustecida por el recuerdo de los héroes no lejanos, ejemplarizada en la pauta de estadistas cuya fama sobrevive á la deleznable brevedad de sus vidas humanas, sostenida por el anhelo de seguir huellas tan luminosas y modelos tan sublimes; todo lo que revele un esfuerzo—hemos de decirlo otra y cien veces más—digno es de aplauso. Que «Alberdi» no sea una obra completa,

queda explicado por las proporciones de conferencia que quiso darle su autor, pero en sus páginas, hay un verdadero derroche de entusiasmos: se revela el amor con que el joven autor ha trazado esos capítulos, en la minuciosidad de sus datos, como si quisiera dejar hablar á las fechas y á los hechos, para reivindicar, más amplia y más completa, la gloria y el agradecimiento popular sobre el nombre del estadista ilustre. Si de algo, en verdad, podemos criticar á Cacuri, es acaso de la ausencia total de espíritu analítico en el curso de su obra. No es esa la vulgar y ditirámica apología de un apasionado; puedo yo, que conozco su idea y sé de las rectitudes de su carácter, asegurarlo con absoluta convicción;—pero, si mi misión de prologuista se trocara en misión de crítica, tropezaría con ese primer defecto, y haría hincapié en él para mortificar un poco al entusiasta autor. Afortunadamente para Cacuri, nuestra vieja amistad lo exime de mis acrimonias, y mi aplauso por la hermosa tarea á que consagra sus ocios de hombre trabajador, va exento de malas voluntades.

Ojalá el lector, al volver esta hoja, lleve su ánimo igualmente predispuesto á ver en esta obra la sana contribución de una mente llena de bellos ideales, al estudio de la historia nacional.

ANGELICA FARFALLA

Buenos Aires, Abril de 1911.

ALBERDI

CONFERENCIA

Señoras, Señores :

Elevado hacia esta honrosa tribuna por el voto complaciente de mis queridos colegas, traigo á ella mis entusiasmos espontáneos, mis convicciones sinceras, surgidas al calor de meditaciones serenas, y un espíritu capaz de errores, pero incapaz de especulaciones.

Que el órgano que produce mi palabra se extremezca en una vibración honda y sonora, y en modulación elocuente y galana, se extienda hacia los múltiples y exquisitos corazones que residen en esta sala, exteriorizando todo el contento que me invade al presenciar el espectáculo magnífico que ella ofrece.

Y sea mi modesto prólogo un tributo

de homenaje respetuoso á las gentilísimas damas que traen á esta fiesta el concurso admirable de su belleza y juventud, preciosos y eternos símbolos de la excelsa Poesía, sublime y rica fuente del pensamiento humano.

Señoras, Señores :

Hace un año, aproximadamente, desde una modesta tribuna, y en algunos periódicos, tuve el honor de ocuparme de un asunto condenable: El telégrafo trasmitía á los diarios metropolitanos la noticia de que en Río Gallegos, una parte del vecindario de aquella región, encabezada por dos ciudadanos con títulos universitarios, intentó hacer pedazos el monumento levantado para honrar la memoria de Alberdi, costeadado por suscripción popular y con el concurso del Honorable Congreso de la Nación.

Es grato consignar que en tal circunstancia los órganos más caracterizados de la prensa argentina, condenaron acto tan vandálico.

Pocos meses después, anticipándome á la fecha en que ocurría el XXVI aniversario que el autor de las *Bases* plegara sus párpados para dormir el sueño eterno de la muerte, me dirigía al señor Suárez, Director de la Biblioteca «Non Plus Ultra», bajo cuyos auspicios se celebra esta velada, pronunciando el anhelo de que esa institución que me ampara en su seno, celebrara algún acto público en homenaje á Alberdi. El sentimiento de levantado patriotismo que distingue al amigo señor Suárez, auspició calurosamente el proyecto, y con el propósito de realizarlo magníficamente, postergó hasta esta fecha del centenario de Alberdi, el homenaje de la Biblioteca, asociando el acto á la distribución de premios á los agraciados en el Concurso Literario organizado en ocasión de la primera centuria de vida independiente del pueblo de Mayo.

Pasamos rápida revista á la Biografía de Juan Bautista Alberdi.

Tres meses después que la aurora de la libertad asomaba en los cielos americanos, es decir, el 29 de Agosto de 1810, nació en la bella é histórica ciudad de Tucumán, Juan Bautista Alberdi. La fatalidad atormentó su vida en los primeros albores, pues quedaba huérfano á los 12 años. Contaba apenas 15, cuando se trasladó á Buenos Aires, ingresando con una de las becas fundadas por Rivadavia, en el colegio de «Ciencias Morales». A poco abandonó el estudio, dedicándose al comercio. Cediendo á insinuaciones de Miguel Cané, y con el apoyo de Florencio Varela, recuperó su beca, estudiando hasta ser clausurado el instituto (1830). Protegido por la familia Cané, ingresó en la Universidad, donde cursó Derecho. En 1831, realizó un viaje á Tucumán, y en unión de Avellaneda (M.^{co} Manuel), obtuvieron la libertad de varios reos políticos.

Desde esta fecha comienza á destacarse

con rasgos propios la personalidad de Alberdi. Con él un nuevo paladín se incorpora á bregar en la arena política é intelectual por la cultura de la raza y la regeneración de la Patria.

Publica «La Moda», el «Boletín Musical», métodos, estudios sobre derecho, artículos diversos.

En 1837, con algunos ciudadanos cuyos nombres se han eternizado en la historia argentina, fundan la Asociación de Mayo, en cuyo dogma colaboró eficientemente.

Formó parte del célebre «Salón Literario», donde figuraron los hombres más esclarecidos del credo libre y democrático de la época.

En 1838, por no prestar juramento á la Federación, va á doctorarse á Montevideo.

Escribe, combatiendo al tirano de Buenos Aires, y le ridiculiza con «El Gigante Amapolas». Se une á un núcleo de argentinos ilustres y fundan y redactan «El Iniciador», «El Grito Argentino», «El Nacional», «La Revista del Plata».

Escribe «Palabras de un ausente».

En 1840, secretario de Lavalle, desaprueba la táctica de su jefe. Cesa, en consecuencia, en sus funciones, pero permanece fiel á su bandera, abogando por la causa unitaria.

Escribe «Consideraciones acerca de las ventajas de un golpe sobre la Capital». Colabora en «El Corsario», «El Talismán», etc.

En momentos tumultuosos, abandonan con Gutiérrez la plaza sitiada de Montevideo, y siguen rumbo á Europa. Vuelve un año después, pasando por Brasil, y radícase en Chile. Escribe «Memoria y objeto de un congreso general americano», y otras obras de trascendencia suma.

Al aparecer la «Memoria», Sarmiento arremete con su temperamento de fuego. La polémica se hace interesante por la calidad de los contendientes. El público reparte aplausos por igual. Sarmiento, fogoso, arrebatado, lucha con táctica de guerrero. Alberdi, sereno, luminoso, se mantiene con método de filósofo, reve-

lándose superior en preparación científica.

Fundó en Valparaíso «El Comercio». A la caída de Rozas, publicó sus celebradas «Bases y punto de partida para la organización política de la República Argentina». En este mismo año hace importantes publicaciones sobre economía política.

La Confederación le nombra encargado de negocios en Chile, y no acepta. Igual cargo se le conflare, y accede, en 1854, ante los gobiernos de Francia é Inglaterra. En 1855, plenipotenciario en las cortes de París, Madrid, Estados Unidos y Londres, realizando excelentes gestiones, hasta que en 1862 es destituido á causa de un cambio en la política nacional. Pasa á París. Allí se establece y escribe copiosamente. Puede decirse que en esta época, el manantial purísimo y fecundo de su inteligencia preclara, es cuando se desborda con mayor impetuosidad.

Estalla la guerra con el Paraguay. Alberdi, sincera y honestamente concep-

túa injusta la guerra de los tres países aliados, y combate razonada y enérgicamente á los hombres públicos de la Argentina.

Con propósito deliberado de justificar su actitud, publica : «Las dos guerras del Plata, y su filiación en 1867».

Sarmiento, esa eminencia admirada y respetada, vuelve á salirle al paso, desatando sobre él la furia volcánica de sus pasiones políticas.

En 1880, elegido senador por Tucumán, vuelve al país bendiciendo y besando emocionado la insignia de la falúa que le devolvía á su amada Patria.

Publica «La República Argentina consolidada en 1880, con la ciudad de Buenos Aires por Capital».

Nuevamente regresa á Europa, falleciendo en París el 18 de Junio de 1884.

El Congreso Argentino, en sesión del 19 de Agosto de 1886, acordó que fueran publicadas por cuenta del Estado sus obras póstumas. Siendo presidente de la República el Dr. Juárez Celman, fueron reimpatriados sus restos en Junio del 89,

decretándose honores extraordinarios á su memoria.

Juan Bautista Alberdi, mereció honrosas distinciones por su valer intelectual, que le fueron discernidas por el Instituto Histórico, la Sociedad Geográfica y la Zoológica de Francia, Economistas de París, Academia de la Historia de Madrid, Real Academia Española, Sociedad Geográfica de Berlín, etc.

Además de los trabajos mencionados y de infinidad de artículos desparramados por diarios, periódicos y revistas nacionales y extranjeras, ha escrito: «Estudios sobre el derecho internacional», «Estudios económicos», «Del Gobierno, sus formas, sus fines y sus medios en Sud América», «Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sud América», «Notas sobre América», «Apuntes Biográficos», «La anarquía y sus causas». «Intereses, peligros y garantías de los Estados del Pacífico en las regiones orientales de la América del Sur», «La omnipotencia del Estado es la negación de la libertad individual», «El crimen de la

guerra», «El Imperio del Brasil ante la democracia de América», «Crónica dramática de la revolución de Mayo», «El Edén», «Veinte días en Génova», «Política Continental» y otras obras cuya enumeración es tan extensa, que fatigaría la atención de mis oyentes.

Los estrechos límites de una conferencia intercalada en tan amplio programa, obliga al relato sintético.

Paso, pues, á considerar algunas características cualidades del ilustre tucumano :

Un rasgo altamente simpático de su vida lo constituye la propaganda inteligente sostenida para modificar la letra del Himno Nacional, anulando las frases hirientes que encerraba para la madre patria.

Producto de esa propaganda, fué el decreto del 30 de Marzo de 1900, durante la presidencia del general Roca, determinando la reforma de referencia.

Observemos los sólidos fundamentos

expuestos por Alberdi : «Expresión de la Revolución Argentina de la Independencia contra España, su canción debió inspirarse, como la Marsellesa, en el odio al extranjero. Pero el odio al extranjero, estado de enfermedad transitorio es, en el Plata, un odio suicida, siendo el extranjero su primer elemento de progreso. Lo natural, lo civilizado, lo culto, es el amor de los pueblos entre sí».

Es aspecto simpático de la vida de Alberdi, la defensa del extranjero. Muchos de nuestros hombres de Estado han combatido esa tendencia, violando la disposición de nuestra misma Carta Orgánica, que expresa : «Para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino»...

Consultando los «Escritos Póstumos de Alberdi, recojo del tomo XII las bellas siguientes apreciaciones, que revelan la cultura y elevación de miras de su espíritu superior :

«¿ Quién nos metió en la cabeza, quién nos dió el ejemplo, quién nos dió los libros, los papeles, los pensamientos de

embarullarnos el año 10, cuando estábamos tan pacíficos y tan contentos?» Los extranjeros.

«¿Quién ha escrito esos libros que sirven de texto en las escuelas que frecuenta nuestra juventud, para ser el lujo de la patria?» Los extranjeros.

«¿Quién nos ha construído esas hermosas casas que señorean con tanta gallardía las ondas que azotan nuestros muros?» Los extranjeros.

«¿Quiénes son esos que llamamos grandes hombres, espíritus ilustres, genios eminentes, cuyas ideas, cuya biografía, nos afanamos de tomar por modelo en la guerra, en la tribuna, en la ciencia, en las artes?» Los extranjeros.

«¿Quién nos metio en la cabeza que todos los hombres son libres y hermanos, que los verdaderos reyes son los pueblos, que sus gobernantes no son sino sus delegados, cuyo poder es limitado y responsable?» Los extranjeros.

¡Sublimes manifestaciones de hombre excepcional! ¡Sentidas confesiones de un espíritu magnánimo y luminoso! ¡Filó-

sofo y poeta, que en nota magistral canta una aspiración noble y grandiosa : La fraternidad de las razas!

Participamos de esas opiniones, y nos encariñamos con ellas, por razones diversas, principalmente por nuestro origen.

Es sangre extranjera la que alimenta nuestro organismo, nuestro ser se ha desarrollado al calor del hogar extranjero, adquiriendo en él las prácticas de la virtud y el trabajo.

Satisfacción y grande, la nuestra, es ver que nuestros padres no son considerados como extranjeros en esta tierra, y que se cumple en ella la hermosa afirmación de nuestro futuro primer mandatario : «¡América para todo el mundo!»

Nuestro distinguido compatriota, el Dr. David Peña, en su opúsculo : Marco Manuel de Avellaneda», aludiendo á Alberdi, le califica de «gran divulgador teórico de pensamientos revolucionarios á lo Juan Jacobo», y refiere que Alberdi fué quien incitó al gallardo héroe sacrificado

por mandato de Rozas, á aquel joven excepcional de 26 años, que en una breve organización cerró por el Norte el camino de la política del tirano. La prédica de Alberdi caldeó la mente de aquella figura de epopeya, que lanza proclamas que repiten «¡Libertad ó muerte » «¡Tucumán, cuna de la libertad y sepulcro de tiranos!», proclamas que tienen la fuerza de conmover el alma popular, despertando sentimientos de justas rebeldías contra el Dictador, al solemne enunciado : «¿Quién podrá vencernos, si combatimos entre los sepulcros de nuestros padres y la cuna de nuestros hijos?»

Juan Bautista Alberdi fué uno de los más ardientes adversarios de Rozas, y le fustigó con toda la energía y la inteligencia de que se hallaba poseído, sin temores y sin vacilaciones, con fé y abnegación de apóstol.

No importa el sacrificio de tantos mártires de la libertad argentina. No importa el asesinato de los valerosos Maza, pa-

dre é hijo ; no importa que en la plaza pública sean miserablemente ajusticiados los hermanos Reinafé ; no importa que en la Barranca Yaco encuentre la muerte en la fatal emboscada el indómito y prestigioso caudillo Facundo Quiroga ; no importa que el odio y el crimen armen el brazo infame que persigue y anula en playa extranjera la preciosa existencia del esclarecido Florencio Varela ; no importa que ruede en Metán la hermosa y potente cabeza de Marco Manuel Avellaneda... ;No, no importa!... Nada puede contener el anhelo de redención. No hay fuerza humana capaz de matar el sentimiento de la libertad!

Inútiles son los martirios que ejercita el bárbaro. Ni castigos, ni amenazas, ni muertes, ;nada, nada puede destruir los gérmenes de rebelión que palpitan vigorosamente en todo el territorio de la República!

El más viril de nuestros poetas, como interpretando un sentimiento colectivo, desde la ergástula infame, ya le grita al tirano :

«¡Pondrás grillos á mi cuerpo,
Pero á mi mente, no!»

Es en estos momentos culminantes que la propaganda de Alberdi arrecia. La suerte triste de la patria es su constante obsesión. Le abrasa el sacrosanto fuego de la idea redentora, que trasmite á los grandes paladines de la causa. Inspira á Lavalle, el distinguido soldado de la libertad, y llega á la mente del predestinado, el ilustre general don Justo José de Urquiza, que viene al fin, al frente de sus bravas legiones, rodeado con los altos prestigios de su valor y patriotismo; bate á las huestes del dictador, y vence, labrando en los campos de Caseros el sepulcro de la tiranía. Caseros es una página luminosa de la historia nacional.

Marte y Minerva se han dado un abrazo fraternal.

El vencedor de Caseros, con su espada victoriosa, ha afirmado el triunfo épico de la idea!

Alberdi fué, como queda dicho, uno de los más decididos adversarios de Rozas. De ahí derivan algunas enemistades que se creó, producidas en el apasionamiento de las tendencias en pugna.

Alberdi, en su campaña, no era alentado por móviles mezquinos, ni pensaba en satisfacer ambiciones personales. Amó la Patria con cariños ardorosos de enamorado sincero ; la amó, en fin, con lealtad y desinterés.

¿Estuvo exento de errores? No lo afirmo. ¿Quién no los ha cometido? Si el prohombre que me ocupo ha errado alguna vez, debemos estar contestes en que lo hizo de buena fe. Ningún antecedente puede hacernos pensar de otro modo.

Su inteligencia y energías obedecían á ideales de una pureza insospechable. Tuvo el valor de sus convicciones. Ningún convencionalismo pudo detener uno solo de sus pensamientos. La dictadura de Rozas la conceptuó funesta, y por eso la combatió.

Es esta otra circunstancia que nos aproxima á Alberdi, para participar de sus ideas.

En la hora presente, la personalidad de Rozas es discutida.

Respetando las opiniones contrarias, yo me declaro *Alberdista*.

En mi concepto, bajo el gobierno del Dictador, la nación ha vivido la noche más sangrienta de su historia. Nulos fueron los derechos y las garantías individuales. Los destinos del país estuvieron sometidos á los caprichos suyos, y el pueblo fué condenado á renunciar á los beneficios de la libertad y el progreso. En mi carácter de argentino, que supone hijo de un país libre y progresista, debo colocarme al lado de los que no pueden pensar en Rozas sin condenarlo. La actuación de Rozas en mi patria, despierta en mis recuerdos el valiente apóstrofe del genial bardo de la epopeya hispana, que ya vibra en mis labios con toda la indignación de mi noble y altiva raza :

«¡Y aún hubo en la tierra un hombre
Que osó profanar tu manto ;
Espacio falta á mi canto
Para maldecir su nombre!»

Después de Caseros, sucede la anormalidad consiguiente. Hay en el ambiente nacional desconcierto é incertidumbres ; hay como ecos de naufragio, como ruido de cataclismos, como crugir de derrumbe...

Es entonces que interviene Alberdi con los recursos poderosos de su genio fecundo, y arroja con sus «*Bases*» la tabla salvadora...

Esfumada ya, la abominable nebulosa, en los cielos de la Patria luce el sol augusto de la libertad, que arroja otra vez sus suaves claridades sobre el pueblo de Mayo. La felicidad renace en la *cuna de la América latina*, pues :

«De ese Rozas que la abomina tanto,
ni el polvo de sus huesos la América ten-
[drá.]»

No necesito apelar al testimonio de la historia para demostrar la influencia ejercida por Alberdi en esa hora suprema de la reacción institucional. Su acción reconocida y eficiente, le coloca entre los

más distinguidos campeones de ese difícil período.

El ilustrado publicista Marambio Catán, en su galería biográfica, habla de Alberdi en estos términos: «Su personalidad tuvo el sello indeleble de poderosa inteligencia, y á su desaparición ha seguido el reconocimiento indiscutible de sus brillantes talentos. Han sido muy discutidas distintas páginas de su historia; muy atacado y muy defendido antes y después de su muerte se ha considerado muy discutible su patriotismo en algunas fechas, especialmente durante su defensa del Paraguay, pero adversarios y amigos le reconocieron sus brillantes dotes intelectuales, sus patrióticos propósitos y su culto por la libertad. Combatido como nadie en vida, la posteridad ha sido justiciera con Alberdi, proclamándole insigne estadista y luminar de los filósofos del derecho, de Sud América.»

Un testimonio elocuentísimo de cuanto valía el doctor Alberdi, nos lo ofrece uno de sus más formidables adversarios, el mismo Sarmiento, que después de veinte

años de voluntaria proscripción, cuando venía Alberdi á ocupar una banca en el Congreso, le saludaba el gran civilizador con estas palabras, que, en el sentir de Olleros, tienen el valor de la apoteosis :

«Tenemos usted y yo una alta magistratura que desempeñar, consagrada por nuestras canas, y es el respeto que debemos á nuestros servicios. ¡Doctor Alberdi, en mis brazos!»

Muchas y de alta significación fueron las personalidades á quienes Alberdi atacó, pero nunca su pluma y su pensamiento fueron movidos por la envidia, el egoísmo ó la maldad.

Por venerada que sea la memoria de quienes fueron objeto de su crítica y ataques, el criterio razonado y neutral, indica que si fuera á hacerse la apología de esos personajes, no podría completarse, seguramente, con el honroso elogio de Federico el Grande :

«Ningún borrón oscureció su gloria!»

Juan Bautista Alberdi fué uno de los más activos sostenedores de la doctrina Rivadaviana.

Sus ideas unitarias, su respeto á la libertad y á los derechos del pueblo, su contracción á la obra del progreso del país, fomentando el comercio, las artes, ciencias y letras, su amor al extranjero, todo lo acerca al primer presidente de nuestra República. La vida de estas dos figuras admirablemente majestuosas, la vemos hermanada en circunstancias idénticas: Por dolorosa *via-crucis* ambos peregrinaron en pos de un ideal común: La organización definitiva de la Patria libre.

Esta declaración de Rivadavia parece que trasluce en la vida y obras de Alberdi: «Posponer toda pasión á los intereses colectivos y al bien de la Patria. Consagrarle los mejores esfuerzos, ahogar, ante sus aras, la voz de los intereses locales, de la diferencia de partidos, y sobre todo la de los afectos y odios personales, tan opuestos al bien de los Estados, como á la consolidación de la moral pública.»

Estos dos hombres sufrieron persecu-

ciones análogas. A ambos espíritus se extendió la ingratitud de sus conciudadanos, y sobre sus augustos nombres la hiena de la maledicencia clavó sus furiosas garras. En momentos de extraviadas pasiones inspiraron el infamante dictado de «traidor á la Patria». Rivadavia, porque los acontecimientos le hacían creer en la imposibilidad de que triunfara la fórmula republicana, de que era apóstol, y como recurso supremo clamaba en las cortes europeas una testa coronada para su país. Alberdi, porque al producirse la guerra del Paraguay, se mostró contrario al plan político de la triple alianza.

Alberdi, como Rivadavia, por las tempestades políticas, es arrojado de su país hacia playas extranjeras, á donde muere pobre y olvidado, pensando en la amada patria ausente. Y estas dos culminantes glorias de la Patria, estas dos personalidades que usando el concepto de Melgar, no cometieron otro delito que llevar dentro del cráneo un cerebro demasiado bien organizado, estas dos eminencias intelectuales que sobre el Continente de Amé-

rica derramaron las portentosas claridades de su genio fecundamente bienhechor, para que tuvieran una más exacta analogía en la vida y en la muerte estan esperando todavía que en la Capital de la Patria que tanto amaron, sus nombres sean inmortalizados en el bronce ó en el mármol.

Nutren mis venas sangre que alentó á un distinguido soldado (1) que al lado del *León de Caprera* combatió por la unidad y la libertad del pueblo itálico, en aras de cuyo ideal augusto supo, con otros mil, inmolar el bienestar de su familia, su fortuna y su misma vida, y sea por hacer honor á un antepasado ilustre, sea para honrar mis principios, sea para acariciar un pensamiento de Quinet, indeleblemente impreso en mi memoria, que dice : «el derecho es mi padre, y la justicia mi madre», y sea para recordar la célebre

(1) Alude el autor á Camilo Cacuri, en cuya casa estuvo oculto el héroe Pisacane. Camilo Cacuri fué distinguido oficial garibaldino, y vino con esa Legión á Montevideo. Fué después Capitán del Ejército Uruguayo.

frase de Sarmiento: «¿Qué hacemos con la independencia si no tenemos libertad?» permítaseme glosar esta notable página de Alberdi:

«Está visto: los momentos que vienen son del dominio de la libertad. El más bello y prominente rasgo del complicado cuadro de las cosas presentes, es la necesidad fatal en que todo parece colocarse, de servir á los intereses del progreso. Pena de la vida al que no sirve hoy á sus principios.

La libertad se ha hecho el puerto de la salvación universal.

Ella lo arrastra todo, lo subyuga todo, y todo lo pone á su servicio, hombres, cosas, ideas, bayonetas. No es dado á ningún hombre, á ningún poder abstraerse á esta magnífica y fecunda conspiración universal.

En vano mediarán evasiones, puntos de escape diferentes. No hay evasión, no hay escapes posibles de la impulsión indomable que hoy lo subyuga todo con una presión irrevocable. O es menester servir á la libertad, ó sucumbir. No hay

medio, no hay fusión. «La libertad ó la tumba», es el dilema de la época; son los dos términos del dilema de gloria en que la fuerza invencible del tiempo ha colocado por fortuna á los hombres y á las cosas presentes. ¡Dichosos los hombres y las cosas que se ven colocados en la necesidad de ennoblecerse y de ilustrarse! ¡Dichosos los hombres á quienes la libertad ha dirigido este ultimátum de honor: habéis de ser mis hijos ó tenéis que perecer!»

Juan Bautista Alberdi era uno de esos seres de excepción, de esos hombres que saben gobernarse á sí mismo, que sienten una natural repulsión por los vicios y las abyecciones, y para quienes la vida no es un día de fiesta, ni un día de duelo, sino un día de trabajo, al decir de Vinet. Respecto le su individualidad moral, creo que con justicia puede aplicársele la bella metáfora del inspirado vate mejicano:

«Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan...» pues Alberdi tuvo

la preciosa virtualidad de cruzar los pantanos de la vida sin mancharse. Esas cualidades ponderables, han favorecido su contracción al estudio, que fué su pasión predilecta. Nuestro glorioso intelectual tuvo en su vida un solo amor y una esperanza : La Patria y la Juventud.

En Abril de 1878, escribía Alberdi en el hospitalario suelo de Francia, esta breve y conceptuosa página, poco conocida, y que cual finísima piedra preciosa me permito engarzar en la simple montura de mi modesta conferencia :

«Mi Patria y mi Esperanza».

Me dicen que yo soy la esperanza de la juventud argentina. No lo sé. Lo que yo sé es que la juventud argentina es toda mi esperanza. Yo he vivido con ella, para ella, y contado con ella, á pesar, ó más bien, en virtud de la distancia de tiempo y edad que de ella me acerca pareciendo separarme. Mal con el presente de mi país he vivido lejos de él, es decir, con su juventud.

La ausencia es como la posteridad, agena del todo á las pasiones y parcialidades del presente, pero no al ser de la patria misma, á su identidad como Estado.

Son éstas ideas concebidas en plena libertad, desde la altura del que vé de lejos, é inspiradas por el amor, más que de la patria real, del ideal de la patria, hermoseedo por la distancia. Si mis ideas han de tener alguna aplicación en mi país, no será jamás sino al favor de la juventud. Si el concurso de la juventud faltase á mi esperanza, la obra entera de mi vida quedaría trunca y esterilizada. La juventud es el ideal de la patria, la patria mental, la patria del porvenir.

Mi domicilio de derecho ha estado y está en esa patria. Mis verdaderos compatriotas son los argentinos de mañana, es decir, de la edad de oro de la patria, que, lejos de pertenecer al pasado, está toda en el porvenir.»

Juan Bautista Alberdi no ha sido, en verdad, un general bizarro que ha

conducido los ejércitos por los campos de pelea á conquistar con la espada y el cañón la independendia y la libertad de la patria, pero fué, indiscutiblemente, un gran capitán del pensamiento, que iluminó é impulsó á los legionarios de la idea, á los soldados de la civilización, triunfadores en el campo fecundo del derecho con las armas modernas de la pluma y la palabra, que con abnegación ejemplar elaboraron la obra grandiosa de la reorganización nacional!

Fustiguen cuanto quieran sus detractores. Su obra, grande y radiosa, será eternamente como un poderoso foco de ciencia que extenderá sus proyecciones hacia las ciudades y las campañas ubérrimas, adonde nativos y extranjeros, con el esfuerzo del músculo y de la idea, nutren nuestras fuentes de riqueza ; que llegará hacia la flota que transita sobre las ondas de nuestro majestuoso Plata ; que se extenderá hacia el recinto augusto de las leyes ; que penetrará en la mente de filósofos, estadistas, políticos, comerciantes y periodistas ; que irá á las aulas

de los Colegios, Facultades y Universidades ; y estará, á través de los tiempos, en el corazón de todos los argentinos que amen la justicia, el civismo, la libertad y el derecho!

Señoras, Señores :

Yo quisiera que se ensancharan los límites de la fantasía ; que el cóndor ideal del pensamiento mío tendiera su vuelo por los espacios atrevidos de la idea, y fuera á golpear las alas vigorosas sobre la cumbre más alta de la elocuencia, para llegar al corazón y la mente de mis oyentes ; para que mi palabra trascendiera eficazmente al serenísimo tribunal de la opinión pública, á fin de promover un movimiento en todo el país y satisfacer la deuda de gratitud para con el más eminente de los pensadores americanos.

A falta de la frase cálida y arrebatadora del profesional que sabe conquistar la voluntad de las muchedumbres, yo he de limitarme á extender mi palabra á los señores miembros del periodismo argentino, á los señores maestros, profesores

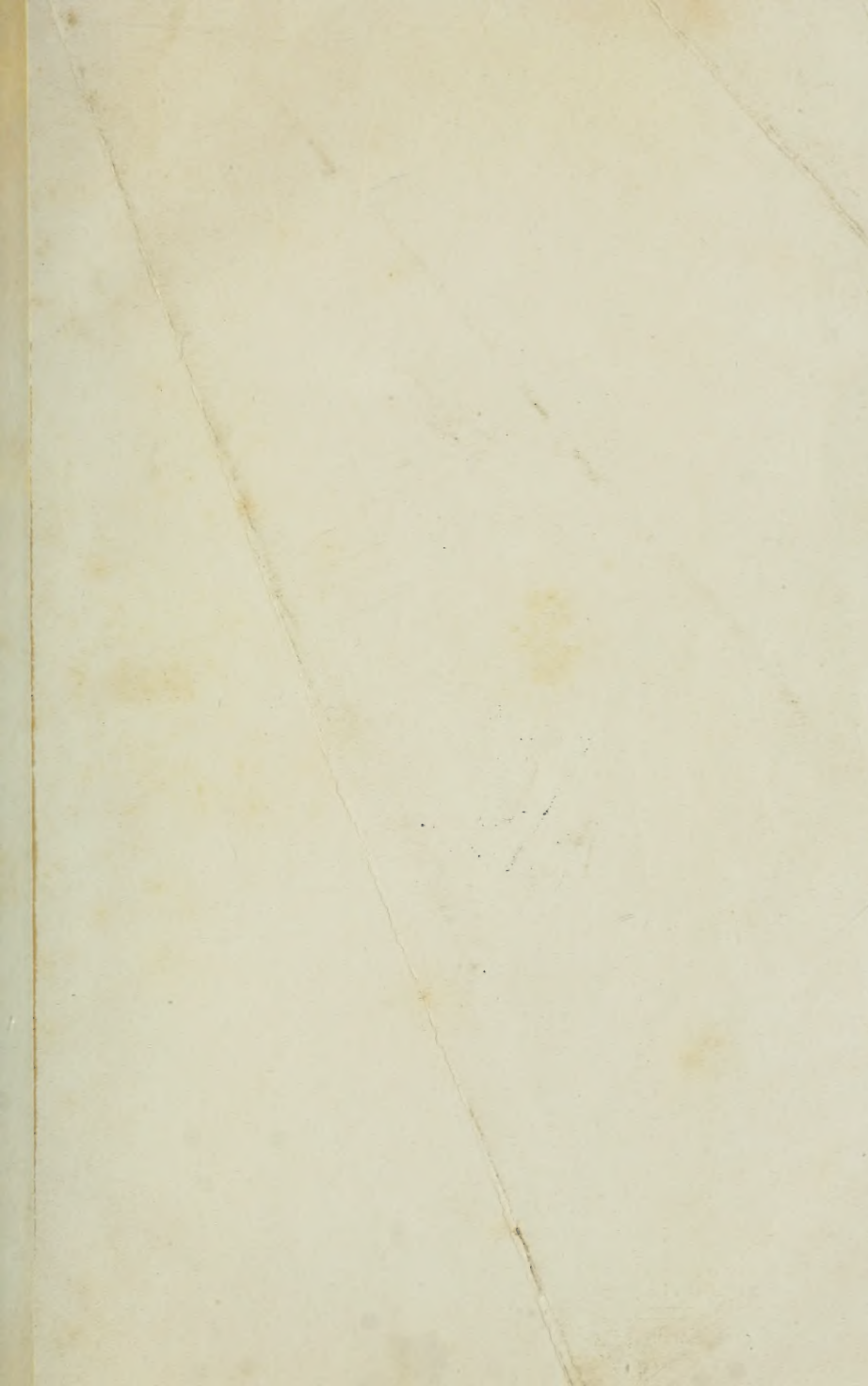
y catedráticos, á todos los que viven la vida intelectual, y, en fin, á la juventud argentina, á la juventud noble y laboriosa del pensamiento y del músculo, esa juventud pletórica de entusiasmos viriles, cuyas fibras saben extremecerse al llamado de la razón y la justicia.

Estas potencias invocadas, sabrán auspiciar y hacer triunfar el pensamiento de inmortalizar el nombre del Dr. Don Juan Bautista Alberdi, procurando realizar la gran reparación histórica, haciendo conocer sus obras, publicando de ellas ediciones gratuitas, si fuere preciso, á fin de que nacionales y extranjeros, todos cuantos amen la tierra argentina y admiren sus progresos, conozcan la verdadera actuación del Doctor Alberdi y sepan aquilatar su benéfica y poderosa influencia en la orientación social y política de la patria, para que su nombre augusto, inmortal, sea proclamado ante todos los pueblos libres de la tierra con toda la pureza y con toda la grandeza de su gloria.

Así se cumplirá un acto de justicia, tributando el homenaje nacional que merece nuestro compatriota; el más abnegado obrero del bien, de la ciencia, del progreso v de la libertad!

V. P. CACURI.





50
VII

Tall. Gráf. M. Rodriguez Giles
— E. Unidos 1719 —
|| || || || || || || ||

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF

PN

0010299

01806 875

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 02 13 04 017 6